

LA CONSTRUCCIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA COMO CAMPO DE ESTUDIOS EN LAS CIENCIAS SOCIALES ¹

THE CONSTRUCTION OF PUBLIC OPINION AS A FIELD OF STUDY IN THE SOCIAL SCIENCES

Anderson Paul Gil-Pérez²
Universidad Nacional Autónoma de México

Recepción: 14 de febrero 2025
Aceptación: 22 de junio 2025

1 Este trabajo fue posible gracias a la estancia posdoctoral realizada en la Facultad de Filosofía y Letras bajo el auspicio del Programa de Becas Posdoctorales de la UNAM (POSDOC) dependiente de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA), durante el periodo de febrero de 2025 a enero de 2026. La estancia posdoctoral fue dirigida por el Dr. Jesús Hernández Jaime del Colegio de Estudios Latinoamericanos, FFyL-UNAM.

2 Investigador posdoctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (FFyL-UNAM). Doctor en Ciencias Sociales y Maestro en Historia por las Facultades de Ciencias Económicas y Sociales, e Historia, de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Licenciado en Etnoeducación y Desarrollo Comunitario por la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Tecnológica de Pereira. Email: andersongil@filos.unam.mx; andersonpaulgp@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9741-4220>

Gil-Pérez, A. P. (Mayo-Agosto, 2025). "La Construcción de la Opinión Pública Como Campo de Estudios en las Ciencias Sociales" en *Internacionales. Revista en Ciencias Sociales del Pacífico Mexicano*, 8(18): 44-72

Resumen

Este artículo analiza la construcción de la opinión pública como un campo de estudio dentro de las ciencias sociales. Se abordan los planteamientos fundamentales de este campo: las preocupaciones iniciales a finales del siglo XIX y principios del siglo XX en relación con el funcionamiento de la esfera pública. Asimismo, se examinan los aportes de distintos autores que han dado lugar a diversas tendencias y enfoques en el siglo XX. A partir de allí, se explora un diálogo entre el campo de la opinión pública y la investigación histórica. Finalmente, se reflexiona sobre las posibilidades que este campo ofrece para futuras investigaciones.

PALABRAS CLAVE: *Opinión pública, públicos, audiencias, esfera pública.*

Abstract

This article analyzes the construction of public opinion as a field of study within the social sciences. It addresses the fundamental approaches of this field: the initial concerns at the end of the nineteenth and beginning of the twentieth century in relation to the functioning of the public sphere. It also examines the contributions of different authors that have given rise to various trends and approaches in the twentieth century. From there, a dialogue between the field of public opinion and historical research is explored. Finally, we reflect on the research possibilities that this field offers for future research.

KEY WORDS: *Public opinion, publics, audiences, public sphere.*

Introducción

La opinión pública se puede definir como un fenómeno complejo que articula dimensiones sociales, políticas y culturales, y que ha sido objeto de estudio desde diversas disciplinas de las Ciencias Sociales como la comunicación, la ciencia política y la historia. En su estudio es posible distinguir dos enfoques centrales: como una noción de la vida cotidiana y como una categoría de análisis académico.

En el primer caso, la opinión pública se manifiesta en la vida cotidiana de las personas y las comunidades a través de los valores, creencias, costumbres, significados y símbolos culturales compartidos. Se revela entre tanto las personas son capaces de discutir, reflexionar y deliberar frente a los temas de interés general. Desde la antigüedad clásica, los griegos y los romanos dieron importancia a la participación ciudadana en los asuntos de preocupación común y con implicaciones políticas y morales para la sociedad. Sin embargo, dicha participación se reservaba para quienes poseían nobleza, riqueza o sabiduría.

Durante la Edad Media el peso de la religiosidad y el control de la Iglesia Católica limitaron parcialmente la apropiación del espacio público por parte de la población en general. Sin embargo, los frailes, clérigos y monarcas asumieron el protagonismo de las discusiones sobre cuestiones políticas y morales. Con la Ilustración en el siglo XVIII y el desarrollo de la modernidad, la participación ciudadana adquirió nuevas connotaciones. La idea de un ciudadano que establece relaciones con el Estado se fortaleció, primero, como un súbdito participativo con relación al rey, y luego como un ciudadano crítico frente a los gobiernos. La idea de la soberanía que procedía de Dios a través del Papa de la Iglesia Católica fue reemplazada por el contrato social donde el pueblo debía informarse, elegir, exigir y cuestionar a sus gobernantes (Price, 1994; West, 2014).

En el segundo caso, la opinión pública se aborda como una categoría de análisis que ha dado lugar a un campo de estudio centrado en tres ámbitos fundamentales: a)

la construcción de la esfera pública, entendida como el proceso de configuración de espacios para la participación y deliberación sobre temas de interés público y social; b) los significados culturales y políticos del espacio público en las sociedades burguesas deliberativas, esto significa comprender los cambios que tuvo la esfera pública a partir del periodo que se conoce como la modernidad ilustrada y hasta la actualidad; y c) las implicaciones generadas en la dinámica política contemporánea en cuanto a tensiones entre gobiernos y sociedad civil, movimientos sociales, acción colectiva y formas de rendición de cuentas (Price, 1994; West, 2014).

De lo anterior se desprende que varias escuelas y tendencias han tomado forma en el estudio de la opinión pública. Desde unos primeros estudios clásicos o fundacionales, pasando por unos de corte metodológico con inspiración positivista con base en que la opinión pública puede medirse, hasta llegar a unos críticos, procesuales e históricos con fuerte ascendencia de la teoría crítica (Moy & Bosch, 2013).

En este marco, el presente artículo analiza la construcción de la opinión pública como un campo de estudio en las ciencias sociales, con el objetivo de comprender su papel en la configuración de las relaciones entre ciudadanía, poder político, y medios de comunicación. Este tipo de análisis permite problematizar las formas en que se producen y disputan los discursos sobre lo público en diferentes contextos históricos y sociales. El artículo se estructura en dos partes: en la primera, se analizan los aportes de autores fundacionales del campo; y en la segunda, se examina la construcción histórica de la esfera pública, destacando su relevancia actual. Finalmente, se presentan las conclusiones en las que se ofrece una breve puntualización de los principales aportes.

El surgimiento de un campo de estudios

El concepto de opinión pública ha sido fundamental para comprender las dinámicas sociales, políticas y culturales de la modernidad. Su desarrollo como categoría dentro de las Ciencias Sociales y Humanidades se consolidó a

partir de los estudios pioneros de Gustave Le Bon (1875), Gabriel Tarde (1904), Walter Lippmann (1922) y John Dewey (1927), quienes sentaron las bases de su análisis académico. Le Bon y Tarde se plantearon preguntas clave: ¿qué es el público? ¿cómo funciona? ¿qué papel cumple en la consolidación de la vida moderna a partir del siglo XVIII?, y ¿cuáles son las diferencias entre público, masa y multitud? Aunque estas preguntas no tuvieran respuestas definitivas en su momento, su vigencia teórica perdura, ya que siguen orientando debates contemporáneos sobre el papel de la opinión pública en la configuración de las sociedades actuales.

Los aportes de Lippmann (1922) en su obra fundacional *Public Opinion* otorgaron a la opinión pública su estatus como categoría académica. Desde su experiencia como periodista en Estados Unidos a comienzos del siglo XX, Lippmann analizó las implicaciones de los públicos modernos, con acceso a la prensa y la radio, en la dinámica política de las democracias contemporáneas. Además, se interesó por destacar las transformaciones en la relación entre ciudadanía y política derivadas del creciente acceso a la información política y legislativa, lo que modificó las formas de participación y la percepción del poder en la esfera pública.

Lippmann (1922) sostuvo que era fundamental que los políticos y funcionarios públicos se rodearan de un equipo de tomadores de decisiones expertos en el manejo de la prensa y la radio. Asimismo, despertó el interés por temas que no se habían considerado hasta el momento como la manipulación informativa, las formas de propaganda política, el problema de públicos poco críticos y el papel de los medios en la cobertura de problemas como las guerras, las recesiones económicas y la migración masiva. En esencia, su postura advertía sobre las tensiones e intereses que surgen en la relación entre públicos, medios y política, adoptando una perspectiva crítica respecto al manejo de la información en las democracias contemporáneas.

Con su idea de opinión pública, Lippmann puso en discusión cómo las imágenes que las personas construyen sobre la realidad están mediadas por la cultura, la manipulación de los medios, la censura y los intereses

individuales. Su pertinencia radica no solo en ser un referente fundacional del campo, sino también en dedicar una parte crucial de la obra, la sección VII, a reflexionar sobre el papel de la prensa política en la configuración de la opinión pública. Allí establece una diferencia entre noticias y verdades, porque mientras las primeras buscan señalar acontecimientos, las segundas tienen por misión sacar a la luz los hechos ocultos y hacer visibles sus conexiones y posicionamientos frente a la realidad (Lippmann, 1922, p. 289).

Unos años después, John Dewey aportó una perspectiva desde la filosofía política contemporánea con su obra *The Public and Its Problems* (1927). Su objetivo fue reflexionar sobre el sentido del público en el fortalecimiento de las instituciones políticas, pero principalmente en la noción de ciudadanía. Dewey, estaba inmerso en el debate de los años veinte entre modernización, desarrollo y problemas sociales, militares y económicos, pero consideró que los públicos estaban viviendo un eclipse por parte de los medios de comunicación, aunque bien analizados podrían servir como dinamizadores de la política.

Entre Lippmann y Dewey hubo un debate importante para la consolidación de la opinión pública como campo de estudio. Para el primero, el papel de los medios de comunicación terminaba siendo negativo frente a los públicos, en cambio para el segundo, a pesar de reconocer que podían manipularse, era posible llevarlos hacia el desarrollo de una postura crítica. Además, Dewey tenía una visión optimista del público como instancia grupal proclive al debate y discusión pública, en oposición a Lippmann, quien sostenía que la opinión debía ser gestionada por una élite de "expertos" o "sabios", capaces de orientar las decisiones públicas mediante su conocimiento técnico.

Las obras de Lippmann y Dewey ofrecieron importantes reflexiones políticas que, si bien carecían de metodologías específicas, cimentaron las bases de la opinión pública como un campo de estudio. Sus aportes fueron acogidos por universidades en Estados Unidos, especialmente desde la Escuela de Chicago, y posteriormente se extendieron a nivel global, influyendo en diversas corrientes y enfoques académicos.

Más adelante, Floyd Allport (1937), reflexionó sobre los dilemas que enfrentaba la opinión pública para convertirse en un campo de estudio con objeto y métodos claramente identificables. Planteaba que esta no debía estudiarse como una abstracción sino como un conjunto de expresiones individuales y observables, que se comunicaban de manera pública. Además, encontró que había ocho inconvenientes en la manera como se le abordaba en tanto que objeto de estudio.

En primer lugar, la personificación de la opinión pública: planteó que la opinión pública era asumida como un sujeto que parece estar abstractamente en favor o en contra, en periodos definidos, frente a los temas del debate público-político. Es decir, la consideración de la opinión pública como un actor social y político moldeable implicaba entenderlo de manera homogénea y no en su heterogeneidad y en las tensiones para su formación. El segundo aspecto era la personificación del público, sobre la idea de un público orgánico al que se le adscriben posturas como si fuera un todo homogéneo y no estuviera compuesto por individuos que pueden tener y construir posicionamientos heterogéneos. De esta forma se entendía el público como un todo y se desestimaban las múltiples posiciones y condiciones que tenían las personas que lo conformaban, y, por lo tanto, los diferentes intereses que tenían frente a los diversos temas del debate público.

En tercer lugar, la falacia del público como totalidad: El error de considerar que la opinión mayoritaria se puede describir bajo la idea de totalidad, es decir, "el público quiere", "la opinión pública desestima", "en la opinión pública se acepta", etc., cuando esta idea deja por fuera las opiniones minoritarias y además los públicos diversos y no representados. En cuarto lugar, la falacia de inclusión parcial en el uso de la palabra público: Retoma el cuestionamiento de lo que se busca significar con la palabra "público", es una población que se define en función de la geografía, la jurisdicción política-administrativa, las características culturales compartidas, o sencillamente se trata de la agrupación de personas dentro de un área con un interés en común.

El quinto aspecto era la ficción de la entidad racional,

es decir, considerar que la opinión pública es una especie de idea general que se distribuye en las mentes de las personas, es una percepción muy recurrente en la literatura. En sexto lugar, la teoría del producto grupal emergente que es advertir que la opinión pública es una fase previa a las decisiones sociales y que emerge de la discusión colectiva.

Como séptimo aspecto, la teoría eulogística que implica considerar que la opinión pública es una versión posterior e incluso mejor del conjunto de opiniones individuales. Y, por último, la confusión entre "opinión pública" y presentación pública de las opiniones, esto es la ilusión de que el elemento que se ve impreso como "opinión pública", o que se escucha en discursos o transmisiones de radio como "información pública" o "sentimiento público", realmente tiene este carácter de gran importancia y respaldo (Allport, 1937, pp. 7-12).

Como ruta de investigación que contrarrestara dichos problemas, el mismo Allport (1937), propuso siete aspectos como elementos mínimos para caracterizar la opinión pública y fortalecer su estudio: 1) Se trata de comportamientos realizados por seres humanos; 2) Implica verbalización, es decir, comunicación oral o escrita; 3) Son realizados, escritos y comunicados por muchas personas; 4) Están dirigidos hacia temas puntuales; 5) Los temas deben ser de importancia general o social; 6) Representan acción (aprobación o rechazo) de las personas hacia el tema; 7) La reacción de las personas puede estar orientada por la acción de las mayorías; y 8) Implican conflictos entre distintos sectores (Allport, 1937, pp. 13-19).

Sin embargo, Allport reconoció que estudiar la opinión pública desde el sentido de la crítica liberal (a lo que llamó concepción clásica) que proponían Lippmann y Dewey era bastante difícil y por eso se requería avanzar hacia el uso de metodologías e instrumentos como sondeos y encuestas, es decir, la búsqueda por medir la opinión pública. Con esta posición, Allport marcó un camino de tránsito de la opinión pública desde el escenario de las ideas cualitativas al de la medición de las opiniones. Es evidente que Allport (1937) comenzó a preocuparse por

la opinión pública de una manera más sistemática y no exclusivamente reflexiva o filosófica.

El esfuerzo de Allport (1937) fue continuado por Blumer (1948), Hyman (1957) y Beer (1974), entre otros. Blumer, a diferencia de Allport, criticó el uso de las encuestas y los sondeos como herramientas predilectas para el análisis de este campo, pero sí coincidió en la necesidad de mayores esfuerzos metodológicos que permitieran construir un concepto que fuera más que teórico, menos abstracto, y que resultara funcional en términos de metodología de investigación en las Ciencias Sociales. Para esto se necesitaban más investigaciones de caso con datos empíricos, porque éstas ayudarían a evitar las generalizaciones frente a los problemas de la opinión pública.

Por su parte, Hyman (1957), revisó el cuerpo de teorías de este campo y estableció que no eran tan pocas como se pensaba y advirtió la necesidad de relacionar los datos empíricos con la construcción epistemológica para fortalecer el proceso de investigación empírica con más series de datos y sondeos de opinión.

Más adelante, Beer (1974), a partir del análisis del comportamiento de la opinión pública en la campaña política de Franklin Roosevelt, sostuvo que hasta los años sesenta las investigaciones habían establecido cuatro tipos normativos de públicos: 1) *racional*, personas llegan a consensos a partir del diálogo con otras personas, es decir, no se dejan influir por la emoción; 2) *unificado*, parte de considerar que las opiniones mayoritarias se van conjuntando, especialmente en el paso del tiempo; 3) *autónomo*, indica independencia en la formación de la opinión pública de las instituciones, los medios y la política; y 4) *instrumental*, la formación de la opinión pública sirve para determinados fines, pero no son el fin en sí mismo (Beer, 1974, pp. 163-180).

A partir de los estudios fundacionales se fueron desprendiendo diferentes enfoques en el análisis de la opinión pública. Entre ellos están la escuela clásica o filosófica que hace un recorrido desde los postulados de Montesquieu, Locke, Hobbes, Hegel, Hume hasta Weber. Esta perspectiva pone en discusión conceptos como el

racionalismo y el liberalismo político y sus implicaciones en la capacidad de discutir y reflexionar que tienen las personas y las sociedades en general (Lazarsfeld, 1957; Noelle-Neumann, 1979; Herberst, 1991).

Por otra parte, se encuentran las teorías contemporáneas que son principalmente metodológicas como la *agenda-setting*, *los frame analysis* y el análisis de contenido y discurso (McCombs & Shaw, 1972; Althaus & Tewksbury, 2002; Coleman & Banning, 2006). En este enfoque un trabajo pionero fue *The agenda-setting function mass media* de McCombs & Shaw (1972), quienes partieron de la pregunta ¿cómo se establecen los temas problemáticos y de interés dentro de la agenda de discusión pública? Estos dos autores concibieron los medios de comunicación como el único contacto que las personas tenían con la política, es decir, que accedían a ese espacio de discusión mediante las promesas y la retórica que se transmite en las noticias.

Las historias de acontecimientos políticos, las columnas de opinión y las editoriales de la casa periodística son esa gran fuente de información que, antes de las redes sociales que McCombs & Shaw no conocieron, sirven para fundamentar las decisiones políticas y electorales. McCombs & Shaw (1972), determinaron que los flujos informativos que llegan a las personas han sido elaborados una, dos y tres veces por los medios de comunicación. Así, son los propios medios los que ostentan una alta capacidad de establecer las preferencias de la agenda informativa. Ellos se centraron en el estudio de las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 1968 analizando el comportamiento de los votantes de Chapel Hill y contrastando los temas que los votantes consideraban importantes y los que consideraron relevantes los medios de comunicación.

El mismo enfoque, pero en un contexto más reciente, Althaus & Tewksbury (2002), en el trabajo *Agenda Setting and the New News* presentaron un análisis de las brechas entre las formas como la literatura científica explica que se debe establecer la agenda pública y la manera cómo se hace por los medios de comunicación y las implicaciones que tiene el internet. Althaus & Tewksbury (2002), tomaron como punto de inicio la pregunta ¿Cómo cambia la

formación de la opinión pública en relación con el formato de los medios en que se publican las noticias, si son impresos o digitales? Su estudio analizó la versión impresa y la digital del *New York Times*, examinaron si los lectores de los dos formatos adquirirían diferentes percepciones frente a los mismos acontecimientos, encontrando que ambos grupos de usuarios fueron estableciendo una agenda de intereses diferentes.

En la misma línea, Coleman & Banning (2006), en su trabajo *Network TV News' Affective Framing of the Presidential Candidates: Evidence for a Second-Level Agenda-Setting Effect through Visual Framing*, donde su tesis central es que las imágenes televisivas de los candidatos exhiben comportamientos positivos y negativos como gestos y expresiones faciales que transmiten impresiones que pueden ser halagadoras. En los televidentes termina teniendo más fuerza lo visual que lo discursivo en el establecimiento de sus prioridades. Con lo cual Coleman Y Banning (2006) establecen la noción de "enmarcado efectivo" para mostrar aquellas imágenes que generan impresiones positivas. Su pregunta de partida es ¿cómo se puede influir en la opinión pública a partir de la metodología del enmarcado, construcción del problema, debate del problema y legitimación de la solución?

Por último, se tiene la escuela de la construcción histórica de la opinión pública (Habermas, 1962; Ozouf, 1988; Goodnight, 1992; Baynes, 1994; Brooke, 1998; Mah, 2000; Garnham, 2007; Dahlberg, 2014). Esta escuela, por su importancia y trayectoria, merece ser revisada de forma detallada, partiendo de su autor fundacional, Jürgen Habermas, y avanzando hacia quienes han dado continuidad al enfoque. Esta perspectiva permitirá comprender cómo la opinión pública se ha configurado históricamente en relación con el espacio público, la esfera política y la comunicación mediada.

La opinión pública ¿una construcción histórica?

Con Habermas (1989), perteneciente a la Escuela de Frankfurt, se inicia esta escuela de la construcción histórica de la opinión pública³. Como su nombre lo indica se trata de una mirada al pasado para entender la manera cómo la sociedad fue transitando de un estado de menor deliberación y debate a uno de mayor interés por lo público. Es una mirada al desplazamiento de la sociedad tradicional del antiguo régimen a la sociedad moderna y liberal, en la perspectiva de las aptitudes deliberativas de las personas.

Habermas estableció que el siglo XVII fue un punto de inflexión a partir del cual comenzó a configurarse la sociedad burguesa, dando origen a una esfera pública entendida no solamente como espacio público –calles, plazas, cafés, teatros, espacios de lectura, etc.– sino también como un ámbito de mediación entre la sociedad civil emergente y el poder político representado por los gobernantes.

Esta esfera pública se consolidó como un escenario para el debate crítico, especialmente entre los jóvenes ilustrados. Además, coincidió con la disgregación entre vida privada y pública, así como con el interés de las personas por asumirse como parte de un espacio deliberativo. Se trata pues, en principio, de la existencia de una sociedad consciente e informada con la posibilidad evaluar críticamente los discursos emitidos por los formadores de opinión pública. Habermas ofrece su explicación para una Europa en pleno proceso de transformación cultural donde la imprenta permitió la circulación de ideas en forma de libros y panfletos, etc., y donde la sociedad burguesa iba lentamente adquiriendo los valores liberales propios a la crítica y el debate.

En lo que se refiere a la categoría de opinión pública estableció un significado complejo con dos elementos. Por un lado, puede ser "una instancia crítica con relación a la notoriedad pública normativamente lícitada del ejercicio

³ Investigación presentada originalmente en 1961.

del poder político y social" (Habermas, 1989, p. 261), es decir, la opinión expresada por los actores políticos que son legítimos y legales. Por el otro, es "una instancia receptiva con relación a la notoriedad pública, representativa o manipulativamente divulgada de personas e instituciones" (Habermas, 1989, p. 261), es decir, la opinión influida y construida desde otros escenarios como los medios de comunicación que ofrecen representaciones sobre la realidad que esconden intereses políticos y económicos.

Para Habermas, la opinión pública se mueve en dos ámbitos de comunicación, informales y formales, de la siguiente manera: a) "El sistema de opiniones informales" (Habermas, 1989, p. 269), personales y no públicas donde se encuentran aquellas dinámicas de comunicación, podría decirse, propias a la vida cotidiana, el comentario, el chisme, la información de café, así como las nociones adquiridas durante el proceso de socialización a lo largo de la vida. Y b) "El sistema de las opiniones formales" (Habermas, 1989, p. 269), autorizadas institucionalmente donde se ubican aquellos actores que están dotados de una condición política o jurídica para producir opinión como los gobiernos, los medios de comunicación, las instituciones públicas e incluso las morales y religiosas como la familia, la escuela y la iglesia.

Así pues, la responsabilidad de la sociedad civil radica en contribuir a la construcción de una opinión pública crítica, en la medida en que las personas sean capaces de evaluar de manera reflexiva los flujos de información que reciben. Esto implica la capacidad de las personas de discernir los intereses empresariales y políticos que subyacen en los discursos mediáticos, así como de diferenciar entre los ámbitos formales e informales de la comunicación pública.

En este contexto, la prensa ocupa un lugar central en la formación de la opinión pública, al constituirse como un espacio de producción de información "formal". Interesa, por tanto, analizar la relación entre la opinión pública y la prensa, entendida esta última como un canal desde el cual se emiten discursos que circulan en la esfera pública. Estos discursos, que pueden ser palabras, enunciados, imágenes, y que llevan consigo un mensaje que reproduce una ideología o que intenta comunicar una

representación que se construye desde el periódico acerca de un objeto, tema o acontecer, pueden o no ser asumidos por las personas según sus marcos de interpretación y su disponibilidad para la discusión pública.

Las ideas en ocasiones son asumidas por los públicos lectores, muchas otras veces no, pero al fin de cuentas son producto de un esfuerzo institucional por articular la emisión y circulación de un mensaje que pueda ser tomado en consideración por los públicos. Es de intuirse con mucha lógica que las ideas que se promueven responden a los intereses de la empresa periodística, de las cadenas informativas o de los principales socios comerciales, en los periodos contemporáneos.

Una posición distante a la de Habermas (1989) se puede encontrar en Bourdieu (1992)⁴, para quién la opinión pública es un fenómeno inexistente, por la irregularidad de tres supuestos que son esenciales: "todo el mundo puede tener una opinión (...) todas las opiniones valen igual (...) la hipótesis que hay un consenso sobre los problemas, en otras palabras, que hay acuerdo sobre las preguntas que merecen hacerse" (Bourdieu, 1992, p. 301). De esta forma, Bourdieu (1992) entiende la opinión pública como un artefacto que busca dar la apariencia de una extraña generalización y homogeneidad social frente a los problemas que inquietan o que son indagados. No obstante, se obvian las interpretaciones, los silencios y, aún más, las tensiones por la opinión pública. Se trata, por lo tanto, de una operación política que pretende legitimar los consensos mediáticos.

Así, lo que se observa es que mientras Habermas presenta una visión normativa de la opinión pública, Bourdieu propone una interpretación práctica sometida a intereses concretos de legitimación del poder político, económico y mediático.

En el contexto de las visiones disruptivas frente a Habermas, también aparece Nancy Fraser (1999)⁵ con una orientación crítica frente a la opinión pública deliberativa, normativa y liberal. Para Fraser la visión de Habermas

4 Investigación presentada originalmente en 1972 y publicada en 1973 en la revista *Les Temps Modernes*.

5 Investigación presentada originalmente en 1992.

se fundamenta en la idea de una esfera pública de tipo burgués, masculina y excluyente; que se postula de forma homogénea y hegemónica, así que deja por fuera la posibilidad de otras esferas públicas. Asimismo, conlleva una normalización e idealización de la separación entre lo público y lo privado, que fortalece las desigualdades y dominaciones estructurales. Para Fraser de lo que se trata, al pensar la opinión pública, debe ser el reconocimiento de la multiplicidad de esferas públicas, que incluyan la diversidad constitutiva de la contra sociedad civil y los contrapúblicos, que se pueda reflexionar para sociedades post burguesas (Fraser, 1999, p. 146-147).

Por otra parte, Ozouf (1988), a partir de Habermas, se hace preguntas frente a ¿cómo comprender la sumatoria de opiniones individuales y su importancia en la política? ¿Cómo se entiende la opinión pública a partir de opiniones individuales?, ¿Cuáles son los grupos sociales que forman y componen el ámbito público y de discusiones? Y ¿Cómo pueden los poderes políticos y económicos influenciar las voluntades públicas-colectivas? (Ozouf, 1988).

Su estudio se concentra en el análisis de la opinión pública en el tránsito del antiguo régimen y las contradicciones que se presentaron en Francia e Inglaterra. Evidencia que para algunos autores del siglo XVII y XVIII la opinión pública estaba ligada a Inglaterra en tanto que escenario de circulación de periódicos y un público más dispuesto al debate de ideas. No obstante, que la opinión pública comenzó a transformarse en una herramienta utilizada por los parlamentos para el control del poder "absoluto del rey".

Por otra parte, para Yarros (1989) la opinión pública se forma a partir de una tensión donde los editores influyen de acuerdo a sus intereses y los estudiosos de este campo, en especial se refiere a los sociólogos, deben comprender que hay tres aspectos determinantes: 1) la divergencia entre intereses editoriales y ciudadanos; 2) la cualificación de los periódicos modernos como fuentes de información; y 3) la impaciencia de los públicos porque exigen dinamismo y novedad (Yarros, 1989, p. 376). Asimismo, Yarros (1989) indaga por el papel de la prensa en la formación y la influencia de la opinión pública a partir

de la pregunta: ¿Cuáles son los intereses de los editores en el mundo contemporáneo?

A la discusión se adhirió el historiador estadounidense, Jhon L. Brooke (1998), con su análisis sobre la importancia de la esfera pública para el desarrollo de la historia cultural americana y su diálogo con los clásicos de la sociología y la política como Hegel, Marx, Weber, Gramsci y Parsons. Para Brooke (1998), se debe reconocer el lugar seminal que tiene Habermas en cuanto a la categoría, su estructura y transformación, así como la visibilidad de las potencialidades de esta para el análisis de los procesos de poder en los Estados-naciones modernos, por tratarse de un ámbito de comunicación pública en el cual se conectan individuos, grupos y generaciones diferentes, y ámbitos formales e informales de la opinión.

En concordancia, Mah (2000) reconoce que la esfera pública terminó posicionándose como un ámbito contrario al Estado al ser "supuestamente" neutral y no estar contaminada, pero no por ello plenamente democrática. Al tiempo invita a reflexionar con cuidado cuál viene siendo la utilización que en particular los historiadores hacen de la categoría desarrollada por Habermas, porque considera que ponerla en escena implica un desafío a los convencionalismos del análisis histórico.

En este debate, Garham (2007), reconoce que en las últimas dos décadas el debate sobre la opinión pública se concentró en dos aspectos, el primero, tiene que ver con el uso de la noción de esfera *pública burguesa*, bajo la pregunta si es una o varias esferas (binomio homogeneidad vs heterogeneidad) y qué y cómo se divide lo público de lo privado; el segundo, refiere a la validez de la acción comunicativa en tanto privilegio del discurso razonado (Garham, 2007, p. 207).

De igual manera, Garham (2007) propone problematizar a Habermas en el análisis de las esferas públicas modernas, cosmopolitas y globalizadas en las que no sólo el tema de la información es fundamental, sino también otros problemas como la democracia, la legitimidad de los regímenes políticos, etc.

Por su parte, Dalhberg (2014) retomó el debate de la opinión pública habermasiana y su incidencia en la teoría

democrática actual, al ofrecer una comprensión del rol que desempeñan los actores sociales e instituciones públicas. Para ello, contrastó la teoría deliberativa de la esfera pública con los aportes de las teorías postestructurales, en busca de un punto de equilibrio para nuevos avances en el desarrollo de esta categoría.

Relación entre la opinión pública y la historia política

A partir de los estudios de Habermas que se observaron en el apartado anterior, se desprendieron bastantes trabajos que proponen una relación conceptual entre opinión pública e historia política. Entre los historiadores más sobresalientes que han comulgado con la perspectiva habermasiana se encuentra Roger Chartier (1991), para quien se trata de una tesis muy sólida que permite ver la confluencia de los ámbitos públicos y privados en función de la igualdad que la racionalidad de la esfera pública les otorga. Este equilibrio solamente se transgrede en la medida que los argumentos de los actores sociales sean más o menos contundentes.

En este ejercicio de vincular lo privado a lo público son fundamentales los periódicos porque permiten que los lectores se adentren en el "mercado de los temas en discusión" (Chartier, 1991, p. 35). Chartier concuerda con que la principal característica de esta esfera pública es la tendencia al razonamiento en público.

Así mismo, David Randall (2008) se pregunta ¿cómo se desarrolló la opinión pública en Italia e Inglaterra a partir de la prensa?, para lo cual analizó el proceso de transformación entre la antigüedad y el periodo renacentista, y cómo fueron apareciendo los impresos como característica del mundo moderno. Randall (2008, pp. 31-32) concuerda con Habermas en el proceso de formación de la esfera pública, pero considera que se debe ampliar la visión de una sociedad deliberativa de condición socioeconómica, es decir, generada por la burguesía como clase social, a una inclusión de los elementos socioculturales e intelectuales de la sociedad europea, en especial lo que tiene que ver

con el uso de los periódicos y las revistas como plataformas de circulación de ideas.

De manera similar, aunque para un espacio situado en América Latina, Hilda Sabato (1992) analizó las formas tradicionales de sufragio y participación política en la ciudad de Buenos Aires y su incidencia en la formación de la esfera pública a finales del siglo XIX, indicando la importancia de las prácticas políticas burguesas en el espacio público para la formación del sistema político⁶. Para Sabato, la idea de Habermas le resulta funcional para analizar las transformaciones de la vida política en Buenos Aires porque le ayuda a entender la manera cómo se articulan los espacios privados y públicos, y al tiempo, cómo la ciudadanía en formación adquiere la conciencia y capacidad para exigir responsabilidades a las autoridades en el marco de la formación del Estado. Adicionalmente, Sabato explora la importancia que tuvieron los periódicos en la formación de la opinión pública decimonónica en Argentina, donde cada uno de los líderes políticos contaba con un impreso que le permitía recrear, o poner en circulación, sus visiones e ideologías. Además, en un periodo de rápida expansión de los diarios, pero donde la mejor manera para subsanar sus problemas económicos era la financiación de parte de estos hombres de la política (Sabato, 1992, pp. 150-151).

Por su parte, en la línea de historia política y opinión pública, Koller (2010), se pregunta ¿cuáles son las perspectivas recurrentes en la comparación de la opinión pública en una investigación histórica? Establece que la esfera pública fue el escenario principal que distinguió a los espacios privados e institucionales. Con lo que se generó una diferenciación entre el lenguaje de la cotidianidad y la comunicación pública. De igual forma, proyectó que es necesario construir un marco integrador que permita delimitar la investigación comparativa e histórica en opinión pública, algo que encuentra en otras disciplinas y

6 En América Latina, la categoría de opinión pública –a nivel historiográfico– no sigue una evolución lineal ni normativa. Más bien adquiere matices que son resultados de la confrontación y contextualización de los actores, los procesos y los diferentes tiempos de la modernidad política (Gil, 2025).

subdisciplinas como la sociología y la sociología histórica (Koller, 2010, pp. 262-264).

Frente a las posibilidades de investigación de la esfera pública, es pertinente señalar que en el año 2010 se publicó el *Dossier Historia, Política y Opinión pública* en la revista *Ayer* de la asociación *Marcial Pons*, en el que se compilaron varias obras claves para revisar en diversas temporalidades este enfoque. Por ejemplo, Walton (2010), con un tema similar al de Ozouf (1989) y Chartier (1991) se cuestiona por la forma cómo se desarrolló la opinión pública durante la Revolución Francesa. Muestra que esta noción permitió que se exacerbaban los ánimos revolucionarios, generando dinámicas de democratización, pero también auspiciando acciones disciplinarias, asimismo, pone en cuestión el tema de la libertad de prensa que fue exigida por los revolucionarios bajo el entendido que era fundamental para la opinión, pero haciendo visible las contrariedades cuando se castigaban los insultos.

Por su parte, Fernández (2010) revisó la dinámica de la opinión en medio de la Guerra de independencia española, donde las Cortes de Cádiz tuvieron una doble concepción, por un lado, la *opinión pública oficiosa*, aquella como resultado del debate social propio de las libertades civiles, y por el otro lado, la *opinión pública oficial*, surgida del debate público realizado por el parlamento.

Entre tanto, Capellán & Garrido (2010) se interesan por el análisis de los usos y abusos de la idea de opinión pública en el periodo de la Restauración en España, evidenciando que la popularidad del concepto hizo que fuera utilizado de manera acomodada por los gobiernos y la oposición para tratar de legitimar y deslegitimar determinadas ideas, dándole a visiones particulares una esencia popular o mayoritaria. Los políticos del siglo XIX español se caracterizaron por erigirse como intérpretes de la opinión pública y esto porque no existían aún maneras claras de medirla y estudiarla.

En una temporalidad mucho más reciente, Sampedro & Resina (2010), se cuestionan por la opinión pública en la época de las tecnologías de la información, el internet y las redes sociales, con la pregunta ¿cómo se han modificado las concepciones de la opinión pública y su influencia en la

democracia a partir del internet y las tecnologías digitales en general?, para ello abordan las relaciones entre opinión pública y democracia representativa, revisando los cambios que la implementación del internet viene introduciendo en la opinión pública, se concentran en el uso de las tecnologías digitales como nuevos aspectos que llevan a reconsiderar la concepción de partida de esfera pública que propuso hace varias décadas Habermas.

Frente a este debate, hace poco Kane (2019) y Miranda & Retamal (2019), reconocen la vigencia que tiene el estudio de la opinión pública en relación con la historia política. En el primer caso, Kane (2019), se hace preguntas como las siguientes: ¿en qué condiciones, si las hay, los partidarios ajustarán significativamente sus actitudes hacia las elites políticas? ¿Hay circunstancias en las que los partidarios son más solidarios con una élite externa? ¿Los partidarios son capaces de convertirse contra una élite de fiesta? ¿Cómo puede influir en sus ideas los medios de comunicación y la opinión pública?

Entre tanto, en el segundo caso, Miranda & Retamal (2019) se cuestionan ¿en qué medida la polarización ideológica manifestada a nivel de las élites en contextos radicalizados influye sobre la opinión pública? ¿en los contextos de polarización ideológica la opinión pública radicaliza a los ciudadanos igual que a las élites?

Por último, es importante señalar que la tradición de François Xavier Guerra ha sugerido críticas relevantes a la aplicación de la teoría habermasiana en Iberoamérica. Guerra y Annick Lempérière (1998) consideran que la propuesta de Habermas sigue las pautas teleológicas y lineales de la construcción de una sociedad burguesa, deliberativa y crítica que no se evidencian para el caso iberoamericano. Además, argumentan cuatro límites claros al momento de adaptar esta teoría al contexto Iberoamericano: el primero, es la ya mencionada visión teleológica de Habermas que pretende encontrar en lo premoderno las fuentes de la modernidad cultural y política; lo segundo, es considerar que si la opinión pública es un fenómeno moderno, se vería limitada a los medios de expresión modernos, con lo que se deja por fuera otras formas de circulación de ideas; el tercero, tiene

que ver con el desconocimiento de la importancias de las prácticas representativas ya presentes desde el siglo XVI; y el cuarto, lo problemático de otorgar tanto peso a la sociedad burguesa, una noción bastante cuestionable en Iberoamérica, hasta por lo menos finales del siglo XIX (Guerra y Lempérière, 1998, pp. 8-10). Aunque profundizar en este análisis y en los aportes de los autores que lo han desarrollado es un esfuerzo complementario(Gil, 2025).

TABLA 1
SÍNTESIS DE REVISIÓN TEÓRICA DE LA OPINIÓN PÚBLICA.

Escuela	Características	Enfoque	Método	Referencias
Clásicos	Reflexionan sobre el sentido de los públicos. Se realizaron preguntas como: ¿Qué son los públicos? ¿Cómo se forman? ¿Cómo se articulan con la dinámica política? Preguntas iniciales que posteriormente los llevaron a cuestionarse sobre ¿Qué es la opinión pública? ¿Cuáles son los roles desempeñados por la prensa en la opinión pública? ¿Cuáles son los dilemas o debates de la opinión?	Filosófico, periodístico, y sociológico	Análisis hermenéutico, reflexión crítica y observación	Le Bon (1875) Tarde (1904) Lippmann (1922) Dewey (1927) Lazarsfeld (1957) Noelle-Neumann (1979) Herberst (1991)
Contemporáneos	Partieron de asumir las reflexiones sobre el sentido de la opinión pública que hicieron los clásicos, pero convencidos en que su estudio de manera sistemática quería de una fundamentación teórica y de unos bien definidos procedimientos metodológicos. De ahí se interesaron por establecer metodologías como frames analysis, agenda setting y análisis del discurso-contenido. Asimismo, por utilizar métodos cuantitativos con el objetivo de poder medir la opinión pública con encuestas y sondeos.	Comunicación de masas y análisis mediático	Cuantitativos: encuestas, análisis de contenido	McCombs & Shaw (1972) Althaus & Tewksbury (2002) Coleman & Banning (2006)

Construcción histórica	La esfera pública deliberativa surge de la transformación histórica de la ciudadanía, marcada por el tránsito de la Ilustración a la modernidad. En este proceso, la sociedad burguesa en ascenso hibrida espacios públicos y privados, formando una sociedad deliberativa que articula opiniones institucionales y cotidianas en ámbitos formales e informales.	Histórico y sociológico	Análisis histórico, estudios de casos y cuestionamiento	Habermas (1962) Bourdieu (1973) Fraser (1992) Ozouf (1988) Goodnight (1992) Baynes (1994) Brooke (1998) Mah (2000) Garhanm (2007) Dalhberg (2014)
------------------------	--	-------------------------	---	--

En diálogo con la historia política	Las investigaciones en la nueva historia política abordan la relación entre opinión pública y el paso de sociedades tradicionales a modernas, analizando las dinámicas de socialización, la formación de públicos y el papel de la prensa en la difusión de ideologías y la competencia política.	Historia política e historia de la comunicación	Estudios de la prensa y relaciones entre medios y poder	Habermas (1962) Chartier (1991) Sábato (1992) Randall (2008) Koller (2010) Walton (2010) Sampedro & Resina (2010) Kane (2019) Miranda & Retamal (2019) Gil (2025)
-------------------------------------	---	---	---	--

Fuente: Elaboración propia con base en literatura revisada

Conclusiones

El proceso de configuración de la opinión pública como un campo de estudios de las ciencias sociales remite tanto a actividades propias de las sociedades humanas de todos los tiempos –la preocupación por los asuntos públicos y el interés general– como la reflexión política y filosófica sobre la participación y la posibilidad de influir en la dirección de los gobiernos y el poder político. Estas influencias se han construido sobre actitudes críticas frente a la información y determinadas posturas personales y colectivas que afectan a la sociedad.

A finales del siglo XIX y principios del XX, autores como Le Bon, Tarde, Lippmann y Dewey, entre otros,

comenzaron a explorar el concepto de espacio público y la formación de los públicos, no porque fuera la primera vez que lo público preocupaba, sino porque inauguraron una mirada científica sobre su funcionamiento. Sus reflexiones oscilaron entre posturas optimistas –centradas en el potencial deliberativo de la ciudadanía– y perspectivas críticas –que advertían sobre las posibles formas de manipulación de la opinión por parte de las élites políticas, sectores empresariales y los medios de comunicación–.

Estas preguntas fundacionales sirvieron para profundizar en el papel que tenían los intelectuales, los políticos y los periodistas –la academia, las instituciones y la prensa– en la formación de la opinión pública. Se trató, por supuesto, de planteamientos importantes dentro de sociedades como la estadounidense que se autodenominaban como modernas, en las que se cumplían las reglas políticas y electorales, con garantía de derechos y libertades individuales y con movilidad económica en sus ciudadanos.

De manera que auscultar el sentido de lo público resultaba clave para entender con qué libertad y autonomía y discernimiento sus habitantes decidían sobre los temas que más los afectaban. Las preguntas más recurrentes entre estos autores fundacionales del estudio de la opinión pública fueron: ¿qué es el público? ¿cómo se forma el público? ¿cuáles son las diferencias entre público y multitud? y ¿cómo se orientan las opiniones del público?, entre otras.

Durante la primera mitad del siglo XX, las universidades, en particular la Escuela de Chicago, profundizaron en el estudio de la opinión pública. Para ello, se introdujeron metodologías que procuraron definir los elementos constitutivos, sus ambigüedades y tensiones, en particular en relación con la homogeneidad y heterogeneidad. Autores como Allport (1937) fueron fundamentales en los balances críticos sobre las limitaciones y alcances del concepto y estudio de opinión pública en los años cuarenta y cincuenta.

Más adelante, los investigadores se enfocarían en aplicar los métodos cuantitativos a la opinión pública, bajo el pretexto no tan acertado de que esto hacía más riguroso

su estudio, cuando lo que hicieron fue adentrarse en la medición profunda con encuestas y sondeos tratando de generalizar la opinión, en una pretensión por encontrar una única opinión pública obviando que en la sociedad coexisten diferentes opiniones públicas.

Este enfoque cuantitativo dio paso a estudios metodológicos como la teoría de la *agenda setting*, el análisis de contenido y del discurso, y la teoría del enmarcado (*framing*), que posibilitaron examinar cómo los medios, las instituciones y los actores sociales influyen en la construcción de los temas públicos, el lenguaje empleado y la orientación de las percepciones colectivas. Estas metodologías, sumadas a otras más, permitieron que la opinión pública se consolidara como un campo de estudio, en especial en la perspectiva disciplinar de la comunicación en donde sigue siendo muy relevante medir y cuantificar la opinión pública.

No obstante, fue con el estudio de Jürgen Habermas, en 1962, que la categoría adquirió un especial interés de las ciencias sociales y la historia. Su propuesta le dio una perspectiva crítica e histórica a la formación de la esfera pública, estableció trayectorias precisas del siglo XVI hasta el XX, haciendo visible la importancia de la sociedad burguesa en la formación de las modernas sociedades civiles, donde los ciudadanos desarrollaron una capacidad crítica frente a los discursos que son emitidos por los ámbitos formales e informales de la opinión.

La teoría de Habermas de la esfera pública como resultado de la sociedad burguesa ha sido fundamental porque permite revisarla como parte de un proceso histórico que acompañó la consolidación del espacio público, del liberalismo político, y más adelante, de la implicación de los medios de comunicación, el tipo de Estado y los modelos de participación ciudadana.

Con los planteamientos de la esfera pública habermasiana se tiene una perspectiva racional de la forma cómo se configuran los públicos en la Europa occidental de los siglos XVII a XIX. No obstante, desde la perspectiva latinoamericana se han realizado diferentes estudios que propugnan por una adaptación o adecuación de sus planteamientos, en particular, porque se considera

que las sociedades hispanoamericanas no lograron de manera rápida adquirir autonomía frente a la información, es decir, convertirse en sociedades liberales, modernas y deliberativas.

En definitiva, la teoría de Habermas ha servido para investigaciones que, desde la historia política, analizan la transformación de la sociedad, la circularidad de las ideologías, los procesos de justificación y estigmatización de los actores políticos y sociales. Del mismo modo, ha permitido analizar cómo la opinión pública contribuye a la validación y cuestionamiento de los actores institucionales, los movimientos sociales y las violencias.

Por último, se debe considerar que las obras de autores como Ozouf, Chartier, Guerra, Sábato, Mahn, entre otros, muestran que la relación entre opinión pública e historia política es un campo de posibilidad para comprender las diferentes formas de lo público en sociedades que transitan hacia la modernidad. Al tiempo que se advierten posiciones profundamente críticas frente a la existencia de esta categoría de análisis como las planteadas por Pierre Bourdieu y Nancy Fraser, que pretenden develar las condiciones de producción desde las cuales se definen los marcos de lo que se considera opinión pública.

Bibliografía

- Allport, F. (1937). "Toward a Science of Public Opinion". *Public Opinion Quarterly*. 1(1): 7-23. <https://doi.org/10.1086/265034>
- Althaus, S, & Tewksbury, D. (2002). "Agenda Setting and the New News", *Communication Research*. 29:180-207. <https://doi.org/10.1177/0093650202029002004>
- Baynes, K. (1994). "Communicative ethics, the public sphere and communication media". *Critical Studies in Mass Communication*
- Beer, S. (1974). "Two Models of Public Opinion", *Political Theory*. 2 (2): 163-180. (sin doi), tomado en <https://www.jstor.org/stable/190671>
- Blumer, H. (1948). "Public opinion and public opinion polling", *American Sociological Review*. 13(5): 542-549. <https://doi.org/10.2307/2087146>
- Bourdieu, P. (1992). "La opinión pública no existe". *Debates en Sociología*. 17:127-146. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/download/6673/6776/>
- Brooke, J.L. (1998). "Reason and passion in the Public Sphere: Habermas and The Cultural Historians". *Journal Of Interdisciplinary History*. 29(1): 43-67. <https://doi.org/10.1162/002219598551634>
- Capellán, G. & Garrido, A. (2010). "Los intérpretes de la opinión. Uso, abuso y transformación del concepto opinión pública en el discurso político durante la Restauración (1875-1902). *Ayer*. 80. Dossier Historia, política y opinión pública: 83-114
- Chartier, R. (1991). *Les origines culturelles de la Révolution Francaise*. North Caroline: *Duke University Press*
- Clemente, M., & Roulet, T.J. (2015). "Public Opinion as a Source of Deinstitutionalization: A Spiral Of Silence Approach", *Academy of Managment Review*. 40(1): 96-114, <https://doi.org/10.5465/amr.2013.0279>

Coleman, R, & Banning, S. (2006). "Network TV News' Affective Framing of the Presidential Candidates: Evidence for a Second-Level Agenda-Setting Effect through Visual Framing". *Journalism & Mass Communication Quarterly*. 83(2):313-328. <https://doi.org/10.1177/107769900608300206>

Dalhberg, L. (2014). "The habermasian Public Sphere and Exclusion: An Engagement with Poststructuralist-Influenced Critics". *Communication Theory*. 24 (1):21-41. <https://10.1111/comt.12010>

Dewey, J. (2004 [1927]). *La opinión pública y sus problemas*. Madrid: Morata

Fernández, I. (2010). "La opinión pública. De la ilustración a las Cortes de Cádiz". *Ayer*. 80. Dossier Historia, política y opinión pública: 53-81. <https://www.jstor.org/stable/41326095>

Fraser, N. (1999). "Repensando la esfera pública. Una contribución a la crítica democrática actualmente existente". *Ecuador Debate*. 46: 139-174. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/5760/1/RFLACSO-ED46-08-Fraser.pdf>

Garnham, N. (2004). "Habermas and the public sphere", *Global Media and Communication*. 3 (2): 201-214. <http://gmc.sagepub.com/10.1177/1742766507078417>

Gil, A. P. (2025). "Algunas perspectivas historiográficas de la categoría de opinión pública en Latinoamérica". *Historia y Espacio*. 21(64). <https://doi.org/10.25100/hye.v21i64.14333>

Goodnight, T. (1992). "Habermas, The Public Sphere, and Controversy". *International Journal Public Opinion Research*. 4 (3): 243-255.

Guerra, F. X., & Lempérière, A. (1998). *Los espacios públicos en Iberoamérica. ambigüedades y problemas*. Siglos XVIII y XIX. México: Fondo de Cultura Económica.

Habermas, J. (1989). *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society*. Cambridge, MA: MIT Press.

Han, E., & Rane, H. (2011). "Australian press and public opinión on the Israel-Palestine conflicto". *Media International Australia*. 46(141): 58-69. <https://doi.org/10.1080/10361146.2011.623665>

- Herberst, S. (1991). "Classical democracy, Polls, and Public Opinion: Theoretical Frameworks for Studying the Development of Public Sentiment". *Communication theory*. 1 (3): 225-238. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2885.1991.tb00016.x>
- Hernández, P. (2017). "Consideración teórica sobre la prensa como fuente historiográfica". *Historia y comunicación social*. 22(2): 465-477. <https://doi.org/10.5209/HICS.57855>
- Hucker, D. (2012). "International History and the Study of Public Opinion: Towards Methodological Clarity". *International History Review*. 34(4): 775-794, <http://dx.doi.org/10.1080/07075332.2012.690194>
- Hyman, H. (1957). "Toward a Theory of Public Opinion". *Public Opinion Quarterly*. 1(1):54-60. <https://doi.org/10.1086/266686>
- Kane, J. (2019). "Enemy or Ally? Elites, Base Relations, and Partisanship in America". *Public Opinion Quarterly*. 83(3):534-558. <https://doi.org/10.1093/poq/nfz031>
- Koller, A. (2010). "The Public Sphere and Comparative Historical Research. An Introduction". *Social Science History*. 34(3):261-290. <https://doi.org/10.1017/S0145553200011263>
- Lazarsfeld, P. (1957). "Public Opinion and the Classical Tradition". *Public Opinion Quarterly*. 21(1):39-53.
- Le Bon, G. (1983 [1895]). *Psicología de las multitudes*. Madrid: Morata.
- Lippmann, W. (2003 [1925]). *La opinión pública*. Madrid: LANGRE.
- Mah, H. (2000). "Phantasies of the Public Sphere: Rethinking the Habermas of Historians". *Journal Of Modern History*. 72(1):152-182. <https://doi.org/10.1086/315932>.
- McCombs, M, & Shaw, D. (1972). "The agenda-setting function mass media", *Public Opinion Quarterly*. 36(2): 176-187.
- Miranda, L. & Retamal, R. (2019). "Opinión pública en Chile durante la Unidad Popular: Una revisión de la tesis de la polarización", *Izquierdas*. 47. agosto, pp. 97-116.

Moy, P., & Bosch, B. (2013). "Theories of public opinion", *Communication Science. Vol. 1: Teorías y modelos de comunicación*, Paul Cobley y Peter J. Schultz (Ed), pp. 289-308. Berlín: De Gruyter Mouton.

Noelle-Neumann, E. (1979). "Public Opinion and the Clásical Tradition. A Revaluation", *Public Opinion Quarterly*. 43(2):143-156.

Ozouf, M. (1988). "Public Opinion" at the End of the Old Regime. *Journal of Modern History*. 60. S1-S21.
<https://doi.org/10.1086/243372>

Palti, E. (2004). "Guerra y Habermas: Ilusiones y realidad de la esfera pública latinoamericana". En Pani, E., & Salmerón, A. Coord. *Conceptualizar lo que se ve François Xavier Guerra, historiador, homenaje*. México: Instituto Mora.

Price. V. (1994). *La opinión pública. Esfera pública y comunicación*. Barcelona: Paidós.

Randall, D. (2008). "Epistolary rhetoric, the newspaper, and the Public Sphere", *Past and Present*. 198: 3-32.
<https://doi.org/10.1093/pastj/gtm050>

Sabato, Hilda. (1992). "Citizenship, political participation and the formation of the public sphere in Buenos Aires 1850s-1880s". *Past and Present*. 136: 139-163.
<https://doi.org/10.1093/past/136.1.139>

Sampedro, V., Resina, J. (2010). "Opinión pública y democracia deliberativa en la Sociedad Red". *Ayer*. 80(4):139-162.

Tarde, G. (1986 [1904]). *La opinión y la multitud*. Madrid: Taurus.

V. S. Yarros. (1989). "The Press and Public Opinion". *Journal of Modern History*. 5(3): 372-382.
<https://doi.org/10.1086/210898>

Walton, C. (2010). "La opinión pública y la política patológica de la Revolución Francesa". *Ayer*. 80. Dossier Historia, política y opinión pública: 21-51.

West, C. (2014). "Public Opinion". En: *The Encyclopedia of Political Thought*, M. T. Gibbons (Ed.).
[10.1002/9781118474396.wbep0845](https://doi.org/10.1002/9781118474396.wbep0845)